

¿Necesita motivos? ¿Y cuáles son ellos sino el pensamiento de la justicia divina que produce el temor, y el de la bondad, que es la fuente del amor? Pues ¿dónde resplandecen más esas verdades, que ante ese Dios víctima, víctima de la justicia que la exige, y víctima de la misericordia que la entrega?

¿Necesita la santidad ejemplos? Aquí están por todas partes las imágenes de los santos, dechados de virtud, de santidad y de justicia, que condenan nuestra vida con su vida, y, ¡no lo quiera el Señor! acaso también nuestra muerte con la suya!

¿Necesita, además, estímulos? Esta casa de la santidad está abierta para todos, sus puertas están colocadas hácia los cuatro vientos del cielo; porque Dios llamó á todos y á nadie quiso excluir de todas las naciones y de todas las tribus, y de todas las lenguas. *Communis omnium domus est Ecclesia* (1), dice San Juan Crisóstomo. Es decir, que esta casa, no solamente es de los ricos, sino de los pobres, sino de los grandes y de los pequeños y humildes; ni es la casa de los dichosos, sino de los felices y de los desgraciados. No todos somos llamados á la posesion de los bienes de la tierra; pero todos, sin excepcion ninguna, somos llamados á ser santos: *Sancti estote* (2). Los mismos bienes terrenos excluyen á muchos: la puerta del rico se cierra comunmente para el pobre, la del sábio para el ignorante, la del dichoso para el desdichado; pero las puertas del Señor, y sobre todo, del Santificador ¿para quién pueden cerrarse? La santidad es un bien supremo que cobija todos los males y les convierte en bienes. El pobre viene aquí para hacerse rico, el ignorante para hacerse sábio, el débil para hacerse fuerte, el enfermo para recobrar la salud y la robustez: por eso es el templo la casa de todos, pues que todos pecamos, y aquí vie-

(1) Hom. 33, sobre el cap. 9 de S. Mat. sup. citatus.

(2) Levit., cap. XI, v. 44.

nen los pecadores á hacerse santos. *Communis omnium domus est Ecclesia*.

Tiene, pues, de comun el templo con la santidad, que no excluye á nadie; pero bajo otros mil aspectos es semejante á los mismos santos. Porque el primer templo de Dios, el templo por excelencia, el *sancta sanctorum*, el tabernáculo admirable, no es otro, hermanos míos, que el cuerpo ó la humanidad toda de Nuestro Señor Jesucristo. Ese es el templo de que El mismo decía que le dejaría destruir, y le reedificaría en tres días, como le reedificó, en efecto, en su gloriosa resurreccion. Allí es donde se dá á Dios el culto digno de El; allí habita corporalmente la Divinidad; allí se ofrece perpetuamente á Dios la sola víctima aceptable; allí, finalmente, es donde todos somos santificados. Más los santos participan de esa prerrogativa de Aquel que es su cabeza, y de ellos, dice San Pablo, que son el templo santo de Dios.

La congregacion de los santos es un templo; y el templo se llama por eso "iglesia;" llevando con ella ese nombre comun por la semejanza. Los fieles, dice San Agustín, son las piedras que componen la Iglesia; y lo que se hace materialmente en los templos, eso mismo se hace en los santos, levantándose poco á poco en sus almas un edificio espiritual. *Quidquid in templis manufactis aqitur, totum in nobis, spiritali edificatione completur* (1). Sigamos el pensamiento de este padre. Las piedras se traen, dice, de lejos, como los justos son llevados al reino de Dios, desde el pecado, desde el vicio tal vez, es decir, desde una region lejana. Traidas aquí las piedras necesitaron mudar de forma para ajustarse las unas con las otras, como el corazón de los santos fué preciso que dejara la inflexibilidad del orgullo, y cada uno cumplierse su ministerio en la Iglesia, ocupando humildemente el lugar que la Providencia le designase, ajustándose á el aun dolorosamente. Para lo cual fue indispensable herir

(1) Serm. 252 de Tem.

y romper, y con hierro y con fuego amoldarles á la forma hermosa, pero violenta, que Dios queria darles. Más nadie se salvará por sí mismo, aislado de aquel pueblo aceptable y por quien Cristo murió, y á quien lavó y purificó con su sangre: y por esta causa, no bastó á lo santos el ser así configurados y reformados, sino que fué necesario ponerlos en contacto, elevarlos los unos sobre los otros, hasta formar con ellos un edificio mas alto, mas armonioso, más bello que todos los que podemos ver. San Pedro nos exhorta á que todos juntos nos edifiquemos á la vez, hasta formar la casa y el templo santo de Dios: *Et vos tanquam lapides vivi superedificamini in domum spirituales, id est, templum Dei sanctum* (1). Eso es, que en esta tierra de division y de enemistades, en donde todos los hombres van divididos y dispersos por el ódio, unidos nosotros por la caridad, formemos una morada en que el Señor, arrojado de todas partes, y no hallando donde reclinarse su cabeza, pueda al menos reposar, poniendo en El sus ojos sin pesar ni dolor. Fijad, en efecto, vuestra atención en la Santa Iglesia Católica, y la veréis extenderse por todas las naciones heréticas ó gentiles, dilatando sus brazos y cruzando sus ramas por todas partes: y decid luego si no os parece el templo y la habitacion de Dios, su asilo, digámoslo así, en donde se refugiaba desterrado como se hallaba del mundo por el mal. Estas bóvedas santas ¿no cobijan, no amparan ese pan de que dijo Jesucristo: ESTE ES MI CUERPO? No le cubren con su sombra, y me atrevo á decirlo, con su gloria? Pues así es, señores, la Iglesia. Ella cubre á Dios, porque Dios se oculta detrás de los hombres: nos enseña por sus pastores, *qui vos audit, me audit* (2), y se hace amar en nuestros hermanos: "Lo que hicieris con uno de estos pequeñuelos, conmigo lo hicisteis (3)." Siendo tan cierto que Dios se halla en la tierra, que el justo, dice la Escritura, no puede vivir

(1) Epist. 1, cap. II, v. 5.

(2) Luc., cap. X, v. 16.

(3) Math., cap. XXV v. 40.

mas que de la fe, y la Esposa de los cantares, esto es, el alma justa, tiene que consolarse de la ausencia del que ama sentándose bajo su sombra: *Sub umbra illius quem desideraveram sedi* (1)."

Mas al propio tiempo que la Iglesia presta al Señor su sombra para que se oculte á nuestros ojos, mientras éstos no sean dignos de verle, le dá también y le presta su gloria, puesto que en ella, y por ella y por medio suyo, hace el Señor en la tierra todas sus maravillas. Por la Iglesia santifica Dios á las almas; por medio de ella ilustra á los pueblos, predica el Evangelio y salva á las naciones. Para los hombres de buena voluntad es la Iglesia, en la tierra, la casa de Dios. En ella se oculta, pero en ella está; viniendo á ser como el templo, que á la vez que le cubre, le revela. Ella es el santuario, el tabernáculo de Dios en el camino y peregrinacion de esta vida: ella le encierra, ella le lleva, como en otro tiempo el arca del testamento, que no era mas que figura suya, le conducía por los largos rodeos del desierto; y no pudiendo verle en su sustancia, le vemos nosotros en ella, como vemos el sol oculto tras del horizonte en su luz que envía á las nubes y se refleja en ellas. ¡Grandioso espectáculo, si hay alguno sobre la tierra!

Aquí, me parece, podemos descubrir y admirar el secreto de la estabilidad de este templo, inexpugnable como una fortaleza, siempre abatido y siempre en pie. ¿De qué podemos admirarnos si resiste á las fuerzas unidas de la tierra y de los abismos, una vez que Dios le puso por fundamento á Cristo, y á Cristo mismo que es todo en todas las cosas, que es el primero y el último, como piedra angular? Están en ella los santos unidos entre sí por la caridad de Cristo, ¿y quién puede, dice San Pablo, separarnos de esa caridad? Ni las potestades, ni las dominaciones, ni los ángeles, ni los arcángeles (2). Así como las piedras de los templos, dice San Agustín, si no

(1) Cant. cap. II, v. 3.

(2) S. Juan, XIII, 34.

se ajustaran y adhirieran entre sí, si no se amarraran á su manera, el edificio no podria subsistir, así la Iglesia caería en ruinas el día que faltase la caridad. El templo antiguo fué una figura de los nuestros; hasta que Jesucristo vino, no hubo en la tierra verdaderos templos; solo en la Iglesia católica existen, porque solo Jesucristo trajo al mundo la caridad. Hasta aquel día en que el Maestro divino nos enseñó su mandamiento propio, el precepto nuevo que nadie había enseñado, *Mandatum novum do vobis, ut diligatis invicem sicut dilexi vos* (1), hasta entonces, señores, pudo existir la Iglesia y hasta entonces igualmente pudieron existir los verdaderos templos que la representan. Mas trajo al mundo Jesucristo su precepto divino, é hizo más, le infundió en los corazones de muchos, y se levantó á los ojos de todas las gentes el edificio portentoso y amado de la Iglesia. En ella todo lo hace la caridad. Los pastores, que son como las cúpulas de ese templo divino, representan la caridad que enseña y que manda; los fieles, la caridad que aprende, que cree y que obedece. Los fieles están unidos entre sí y con sus pastores, los pastores entre sí y con sus superiores; y todos con el Pastor supremo, con el Pontífice sumo, torre de la casa de Dios, castillo inexpugnable, fortaleza de Israel. Y oculto en ese templo está Dios, Dios mismo que enseña y gobierna con los pastores, que obedece con los fieles, que sostiene con su fuerza ese magnífico monumento que levantó á su gloria, comunicando á todos su amor, que es invencible, para que se amen todos y se unan entre sí.

Pero las piedras de ese templo son piedras vivas, *tamquam lapides vivi* (2), y cada una de ellas es de suyo un templo, *templum Dei sanctum, quod estis vos* (3). Porque en efecto, el alma del justo es tan venerable, tan sagrada y tan terrible á los enemigos de Dios, como un templo.

(1) Rom., cap. VIII, v. 35.

(2) I. de S. Pedro, cap. II, v. 5.

(3) S. Pablo á los Corin., cap. III, v. 17.

Los edificios profanos pueden ser mas ricos y mas soberbios que nuestros templos, como el alma del incrédulo y del pecador puede ser más alta, más ilustre, más sabia que el alma humilde del fervoroso creyente; pero si aquella es grandiosa como los palacios de los reyes, ésta es sublime y santa, á la manera de un tabernáculo. La grandeza y majestad de la casa, le viene de aquel para quien fué hecha; pues bien, el corazón de los impíos es la habitación del espíritu de orgullo, y el de los justos, habiendo sido en algun tiempo tambien el albergue del mal, ha sido reedificado por Dios para que fuese su morada. "Si alguno me ama, dice el adorable Salvador, mi Padre le amará, y vendrémos á él, y pondrémos en él nuestra morada: *Et veniemus ad eum, et mansionem apud eum faciemus* (1).

Y para levantar ese templo poco ántes en ruinas, cuántos cuidados, cuántos esmeros por parte de Dios, y cuántos trabajos y fatigas por parte del hombre! Su cimiento es la humildad, es decir, lo que más cuesta, y tanto debe ser más profundo cuando el edificio ha de ser más elevado. Sobre ese cimiento precioso se van luego levantando poco á poco, como las columnas y los arcos, las tres virtudes cristianas, que van devolviendo al alma el orden y la armonía. La justicia mide con exactitud, la fortaleza resiste con vigor, la templanza enseña la sobriedad en la misma hermosura, la prudencia lleva el nivel por los muros para que no se inclinen á tierra por lado alguno, y se eleven al cielo por todas partes con igualdad. ¿Y quién dirá la hermosura y belleza de esa casa hecha para Dios? No resplandecen y brillan por todas partes, la plata pura de la equidad y de la rectitud, el oro acrisolado de la paciencia, los diamantes y piedras preciosas de la dulzura, de la bondad y de la compasion? ¿No crecen allí las palmas de los fuertes, los lirios de la castidad y la vida abundante que produce el vino de la

(1) S. Juan, cap. XIV, v. 23.

generosidad y del amor? La fe la alumbró, la esperanza la levanta, la caridad la calienta y la abriga. Como en el templo cambia al parecer todo de naturaleza, y toma otro carácter que no tenía, así en el alma justa se santifica todo luego que allí penetra, y todos sus pensamientos son santos, y sus sentimientos y sus deseos, aunque vengan de fuera, se santifican en aquel augusto recinto. Pasa allí lo que estáis viendo que sucede en este templo: la luz, que en otros lugares su- le alumbrar vanidades, aquí toma cierto aspecto de tristeza, porque la verdad para nosotros es triste. La música en otro lugar servirá solo para exaltar las pasiones, y aquí derrama sobre ellas una lluvia apacible de tranquilidad y reposo. Las obras del arte, motivos de orgullo en otras partes, son aquí motivos de edificación. Hasta las sombras mismas y el aire que respiramos parecen ser aquí distintos de lo que son allí fuera; porque las primeras no ocultan aquí crimenes, sino misterios inefables; y el segundo, cargado allá de murmuraciones y palabras ligeras, dentro del templo, inunda el alma misma con el rumor de las oraciones y el perfume, tan ubien sagrado, del incienso. Y ese no sé qué angusto, inmóvil, impassible que se siente que reina hasta en los mas apartados ángulos de la casa de Dios, representa muy al vivo la paz interior y aquella tranquilidad invencible de los santos, que no se turba por nada, ni por los sufrimientos, ni por las persecuciones, ni aun en medio de los tormentos y las hogueras. ¡Tan calmada así es, tan tranquila y segura esa morada de Dios, en el corazon de sus justos!

Mas ¡ay! que esa morada tan preciosa, tan excelsa y tan bella, bambolea á tiempos, y cae por último á veces! ¿Quién la reparará? ¿Quién sino aquel que conoce el barro miserable de que fuimos formados, y sabe bien que no somos sino un polvo vil: *quæ cognovit quantum nostrum, et recordatus est quoniam pulvis sumus?* (1) Pero por

(1) Salm. 102, v. 14.

nuestra parte, es preciso siempre vivir en la mas penosa vigilancia, y con temor y temblor siempre, levantando la fábrica vacilante de nuestra salud, poco á poco y en silencio, como trabajaban los obreros del templo de Salomón. Y este tenor ¿vivirá siempre en nosotros y nunca descansaremos tranquilos á la sombra de nuestra vid y de nuestra higuera? Sí; cuando bebamos alegres en las fuentes de Sion, cuando el Dios de la misericordia se digne al fin confirmar nuestra casa y asegurarla para siempre. Entonces aparecerá visible y en toda su hermosura esta Jerusalem interior de nuestra alma, y en la Jerusalem celestial, hecha ya su dedicacion solemne y perpétua, formará con todas las demás piedras vivas é inmortales, el templo eterno de Dios.

Esto es lo que voy á explicar, por último, con toda la claridad y brevedad que me sean posibles.

PARTE TERCERA.

No puedo expresar con palabras lo grandioso del espectáculo que os reservo para esta tercera parte, porque es el cielo mismo colocado en la tierra, es la felicidad que tanto ansiamos, puesta al alcance de nuestra mano; somos nosotros mismos colocados dentro de ella, ciegos, es verdad, pero ciegos voluntarios que podemos abrir los ojos á la hora que queramos, y verla y saciarnos con ella.

¿No es acaso Dios nuestra felicidad? ¿No está en él, por más exigentes que seamos, todo y mucho más de lo que somos capaces de desear? Pues Dios, hermanos míos, está en el templo como está en el cielo; y si hay alguna diferencia, es que del templo puede salir, mientras que en el cielo está de asiento y para siempre. *Dominus in templo sancto suo, Dominus in celo sedes ejus* (1).

Si hay alguna diferencia en la manera de estar Dios en el templo de la tierra y en el eterno del cielo, no depende de Dios, sino de nosotros. El Señor en su misericordia infinita se acomoda al estado de los que le gozan: en el cielo, con los justos que ya no pueden caer del estado de caridad, está para siempre y manifestando toda su gloria; con los pecadores en la tierra, con los justos cuya santidad es admisible, está como de paso y bajo las sombras de la fe. Pero en ambos casos es Dios, Dios en persona, quien está con los hombres; el templo, la Iglesia, el cielo, son Jerusalen, habitación de Dios, y si los accidentes son diversos, si la luz es aquí ménos clara y allá más brillante, la sustancia es la misma, Dios no cambia, y el templo, la Iglesia, el cielo, se reducen á esta idea comun, á esta expresion sublime: "Dios con nosotros."

Cuando el Señor daba á Moysés aquella minuciosa descripción del tabernáculo y de sus más pequeños accesorios, le decia: "*Mira bien* y hazlo fabricar todo conforme al diseño que se te ha mostrado en el monte (2)." La gloria de Dios era lo que Moysés había visto en la montaña santa, siendo ese el modelo á que Dios queria se sujetase Moysés en la construcción del tabernáculo. Pero San Pablo nos advierte, en su epístola á los hebreos, que aquel templo material no debía ser construido con tanto esmero, sino porque era figura del tabernáculo celestial de Cristo en la tierra, es decir, de su Iglesia, imágen del mismo cielo; y los sacerdotes, agrega el Apóstol, sirven en el templo, no á otra cosa que al bosquejo y sombra de

(1) Salmo 10, v. 5.

(2) Exodo, cap. XXV, v. 40.

las cosas del cielo: *Qui exemplari et umbrae diserviant celestium* (1).

Pero dejemos á Moysés, que no era él mismo más que una representacion lejana del que había de venir. Escuchemos al mismo Salvador cuando iba sentando en la tierra los cimientos, y como trazando el plan de su Iglesia. "Yo, dice, no hago más que lo que veo hacer á mi Padre." *Non potest Filius a se facere quidquam, nisi quod viderit Patrem facientem* (2). Lo que quiere decir, que el mismo Jesucristo, al construir en la tierra el edificio de su Iglesia, tenía fijos sus ojos divinos en lo que él había visto en la luz inaccesible, en los esplendores de los santos, en que fué engendrado antes de la aurora.

Y ya que Dios nos lo concede, penetremos más en las profundidades de este misterio. ¿Qué era lo que el Hijo divino veía en el tabernáculo inaccesible, en el seno anchuroso, infinito del Padre, en el que es perpetuamente engendrado? Se veía á sí mismo procediendo eternamente del Padre, y veía al Espíritu proceder de ambos, y unirlos por el amor en una misma esencia, en idéntica sustancia; y á las Personas, distintas en la Trinidad, uniéndose, sin embargo, en una soberana Unidad. Y veía que aquel era el tipo de toda perfeccion y de toda belleza, y que no habría jamás cosa perfecta si de alguna manera, aunque remota, no remedaba aquella variedad perfectísima y aquella unidad infinita. Y queria que su Iglesia fuese á ella semejante, y que sus miembros, siendo distintos, se uniesen todos ellos por la caridad que viene de Dios, no de otra manera, que el Padre celestial y el Hijo por excelencia, se unen por Dios mismo en cuanto que es amor. Esto es lo que pedía á su Padre en la última cena: "Padre santo, guarda á los que me diste, para que sean uno como somos nosotros." *Pater sancte, serva eos quos dedisti mihi, ut sint unum sicut et nos* (3). Este es el

(1) Ad Heb., cap. VIII, v. 5.

(2) Joan, cap. V, v. 19.

(3) Joan, cap. XVII, v. 11.

deso de Cristo, y el fin á que todos somos llamados; que seamos una misma cosa por el amor. ¿Y qué cosa? El templo de Dios, el tabernáculo de la divinidad, el lugar felicísimo de la habitación y de las complacencias del Señor.

De manera que el órden, la armonía, la belleza, han descendido del seno de Dios, han bajado del cielo á la tierra, *descendentem de celo á Deo*; ó lo que es lo mismo, se han extendido y dilatado hasta nosotros, y nosotros, en el seno de la Iglesia, nosotros, congregados en el templo, tocamos los umbrales de la ciudad de Dios, y hemos puesto el pié en el primer escalon para subir á ella. Esta es la escala que vió Jacob tocando la tierra, y elevada hasta el cielo. Dios reposa en su cúspide, atrayendo á sí todas las cosas: *Omnia traham ad me ipsum* (1), pero antes ha bajado él mismo y ha puesto gradas y escala para que pudiésemos subir. ¿Subamos, hermanos míos! ¿Quién será tan desgraciado ó tan loco que no quiera subir? ¿Y qué es subir sino santificarse?

Jacob mismo decía: ¡Cuán terrible es este lugar! ¿Y por qué? Porque es la casa de Dios y la puerta del cielo. *Terribilis est locus iste! verè non est hic aliud nisi domus Dei et porta caeli* (2). ¿Cómo puede ser terrible para nosotros la casa de Dios, ni ménos las puertas tan amadas del cielo? El profeta Isaías decía tambien: “Ay de mí, porque he visto la casa del Señor!” (3) ¿Por qué, pues, al acercarse á nosotros, nos colma Dios de terror, cuando parece que debíamos sentir que rebosábamos de placer? ¿No habrémos sido hechos nosotros para verle, ó mas bien, ese temor que nos infunde, será ya el principio de nuestra felicidad? Así es, señores; y el templo que, si tenemos fe, llena nuestras almas de temor hácia Dios, nos enseña con eso mismo, que al penetrar en él, nos acercamos al Señor y estamos en las puertas de su ciudad y de su casa.

(1) Joan, cap. XII, v. 32.

(2) Genes, cap. XXVIII, v. 17.

(3) Isai., cap. VI, 5.

Hemos sido criados para el cielo; pero no hemos de entrar á él como estamos, sino que ha de ser preciso reformarnos ántes y renovarnos, no superficialmente, si no hasta lo mas profundo de nuestro ser, hasta el fondo de nuestras entrañas: *Convertimini sicut in profundum recesseratis* (1); para que nuestra vuelta á Dios pueda ser tan íntima y radical como lo habia sido nuestro apartamiento. El pecado, por otra parte, nos es natural, en cuanto que nuestra naturaleza se vició por él en su origen y en su fuente, y la conversion verdadera, la fuga perpétua de todo mal, es para nosotros tan dura y dolorosa, que la Escritura la compara á la misma muerte. Nada más natural, de consiguiente, que el temor que experimentamos con la aproximacion de Dios: no podemos acercarnos á él sin sentir un impulso hácia la virtud, es decir, hácia la conversion, dado caso que somos pecadores y no podemos convertirnos sin sentir en nuestro miserable corazón dolores como de muerte; por eso no podemos penetrar en el lugar santo sin un temor proporcionado á nuestra fe.

¿Quereis saber, señores, el secreto de la aversion, casi diré, del ódio de ciertos pecadores al templo de Dios? ¿Quereis saber por qué van ellos con gusto á todas partes, ménos á donde más debieran ir, que es al lugar de la misericordia? Pues esa es, señores, la razon. Los remordimientos, naturales al pecado, como al cuerpo la sombra, crecen sin remedio en el templo; los pensamientos santos surgen y se levantan amenazantes, la justicia está mas próxima, la misericordia habla allí más alto, y es preciso luchar con ella para no dejarse vencer. En situacion tan penosa, ó se pierde la fe, lo cual no se consigue siempre que se quiere, ó se abandona el vicio, ó lo que es más sencillo y fácil, se abandona un lugar que causa tan crueles inquietudes, y se va en busca de otros más propicios, más tolerantes para el triste estado del

(1) Isai., cap. XXXI, v. 6.

ma. ¡Así huyen de las fuentes del agua los que tienen más sed, y del bien, los que más lo necesitan! ¡Felices ellos sí, en lugar de huir de ese temor saludable, abrieran á él su corazón, y pidieran á Dios como David penitente, que traspasase con él su carne y hasta la médula de sus huesos! *Confite timore tuo carnes meas* (1).

Escuchad aquí, hermanos míos, una verdad terrible. En el triste estado á que por el mal nos vemos reducidos, toda gracia viene á nosotros como un perdón, y toda alegría como un consuelo. Así me parece que deben entenderse aquellas dos expresiones del salmista: *Secundum multitudinem miserationum tuarum, dele iniquitatem meam* (2); y aquella otra: *Secundum multitudinem dolorum meorum in corde meo: consolationes tuas latificaverunt animam meam* (3). Es decir, á cada pecado, una misericordia, y á cada dolor, un consuelo. No porque el pecado sea condición ni mucho menos causa de la gracia, ni el sufrimiento de la alegría; sino porque nuestro estado primitivo fué de pecadores, y del pecado salimos á la gracia, y del dolor al gozo. Si nuestros padres pudieron caminar, según el propósito primero de Dios, de alegría en alegría, de felicidad en felicidad, después de la culpa primera, no podríamos salir del dolor como del pecado, sino por los dolores de la penitencia. Así está escrito: "El temor del Señor es el principio de la sabiduría;" es decir, de la perfección y de la felicidad. Y por lo mismo, si en el templo de Dios se aumenta ese temor, si crece hasta hacerse terrible, es solo porque es la entrada á la casa de Dios, porque está colocada en el principio del camino á la vida, porque es la puerta del cielo! *Terribilis est locus iste! non est hic aliud nisi domus Dei et porta caeli.*

En efecto, la casa de Dios en la tierra, es triste, y lejos están de ella las locas alegrías del mundo. ¿Qué tiene que ver Jerusalen con los festines de Babilonia? Aquí

- (1) Salm. 118, v. 120.
 (2) Salm. 50, v. 3.
 (3) Salm. 93, v. 19.

está Jesucristo conmoviendo sus propias entrañas, como en el sepulcro de Lázaro, para compadecer y curar á los pecadores. Este es el único lugar de la tierra en que se conoce el mal que el pecado lleva en sí, y se llora por él. Mas que este dolor no os espante, hermanos míos, ni sea tanta vuestra cobardía, que huyais por eso de este lugar sagrado. "Mejor es, dice el Sábio, ir á la casa del duelo, que á la casa del festín (1)." Los placeres del mundo son vanidades, y encierran en el fondo un dolor que los hijos del siglo se empeñan en vano en disimular, á la vez que las tristezas de la religión tienen no sé qué alegría superior á todos los sentidos. Abrevaos, pues, en esas aguas amargas, pero saludables; á la luz misteriosa del templo, elevad los himnos del dolor, y haced oír los gemidos de la paloma. Ese dolor es santo; el cielo mismo parece envidiarle, y así llorarían, si lloraran, los bienaventurados. Por lo demás, pronto el temor será sustituido por el amor, *Charitas foras mittit timorem* (2); y aunque esto no concluye con el dolor, sino antes mas bien le aumenta, le hace participar aun mas próximamente del cielo.

Los justos son en la tierra hombres que viven de deseos. *Vir desideriorum*; y el templo es la casa de los deseos. Porque los justos viven de la caridad que es amor, y el amor que no posee lo que ama, vive solamente de deseos. *Quis sapiens, et intelligit hæc?* ¿Quién comprenderá esos deseos ardientes de las almas santas, que disgustadas del mundo, y sin hallar en él cosa alguna que detenga el corazón, vuelan con toda su fuerza á la casa eterna, en que el esposo descansa en el medio día, es decir, en la plenitud de la luz y de la verdad? Su consuelo sería conversar de ello con los demás; pero los hombres no les entienden. Nosotros, mundanos como somos, hemos encontrado la vida bastante hermosa, y la tierra bastante cómoda, y nada deseamos tanto como prolongar

- (1) Eccles., cap. VII, v. 3.
 (2) I. Joan., cap. IV, v. 18.

aquí nuestra permanencia. Sería inútil hablarnos á nosotros, hombres de la tierra, de las aspiraciones de los que nosotros calificamos de locos. ¿A dónde irán, pues, esas almas delicadas y escogidas á ocultar su pena, que solo los ángeles comprenden, á consolarse y á descansar? Las aves del cielo tienen sus nidos: *Passer invenit sibi domum, et turtur nidum sibi* (1), ¿y solo las almas más amadas de Dios no hallarán albergue ni abrigo donde ocultarse y llorar? ¡Tus altares, dice David, tus altares, Señor de las virtudes, Señor y Rey mío! ¡*Altaria tua, Domine virtutum: Rex meus et Deus meus!* (2)

Mas ¡ay! que los deseos se aumentan con la proximidad del bien que se ama; y cuando éste se tiene tan cerca, los deseos irritados llegan á su colmo! “¡Mi alma se exalta y padece deliquios, y desfallece de tan largo desear, decía el Rey profeta, cuando me encuentro en los atrios del Señor!” (3) ¡Contradicciones incomprensibles del amor divino! Los justos vienen al templo á consolarse de la larga prolongación de su destierro, y su pena, exacerbada por la presencia de Dios, crece en vez de disminuir. Quisieran alejarse y no saben cómo; permanecen allí, y se sienten morir. Ellos saben que el esposo está en ellos, que le tienen presente, y sienten en su alma el encanto de su palabra y la luz de sus ojos; pero el velo del sacramento le oculta todavía, y no le ven en su sustancia, ni le gozan como quisieran. Le bendicen porque se oculta, y se quejan porque no se muestra. Ocultándose les da la vida; y no mostrándose á sus ojos, les da la muerte. Lucha santa jamás conocida por el corazón de barro de los mundanos, y reservada solo para las almas que saben amar en espíritu y en verdad! ¡Tormentos felices, dichas dolorosas, que nunca han de sentir los que no saben negarse á sí mismos, ni tienen valor para abrazar la cruz! ¡Atrios santos y benditos, puertas

(1) Salm. 83, v. 4.

(2) Salm. 83, v. 4.

(3) Salm. 83, v. 2.

hermosas y amadas de la casa del Dios nuestro; templos del Señor, solo los santos os conocen, y saben todo lo que valeis! Cuando su vida termine, cuando este vidrio frágil se rompa en ellos, cuando entrando por fin en la cámara escondida del Rey, y en la cueva de los vinos, se sientan embriagados de inteligencia y de luz y de felicidad inefable, todavía se acordarán de vosotros, como los israelitas, ya gozando de su patria, se acordaban del maná del desierto! ¡Así se acordarán de vosotros; y en cambio, vosotros guardaréis con amor y con respeto sus suspiros, sus quejas y aquellas lágrimas preciosas que derramaron y con que santificaron nuestro pavimento! Ellos os amarán, como ama el hombre formado el lugar de su cuna, y los sitios en que trascurrió su niñez; y volviendo hácia vosotros los ojos de sus recuerdos, os verán con ternura y derramarán sobre vosotros gracias y bendiciones.

¡Señor y Dios nuestro! ¡Rey inmortal de la gloria, y corona de los escogidos! ¡Guarda este voto que te hacemos: *Custodi hanc voluntatem*; y ampara esta casa tuya bajo las sombras de tus alas, preservándola de las ruinas del tiempo y de los desastres del pecado! Mas ya que es para nosotros, no te olvides, oh Señor, de la que deseas tener en nuestras almas; de este templo antes grandioso y hoy arruinado por culpa nuestra! Las bóvedas cayeron sobre los muros, los muros yacen por tierra, y en el altar medio derruido, sacrificamos al orgullo víctimas abominables. ¡Libertador y esperanza de Israel! manda levantar de nuevo esta Jerusalem tan ingrata y sin embargo tan querida. *Benigne fac. . . . ut adificentur muri Jerusalem* (1). Porque los muertos por el pecado, no te alabarán. Tu gloria necesita piedras vivas para edificar el templo también vivo donde has de resplandecer para siempre. Comprendemos ya que esto es para nosotros lo único necesario. Esto pedimos, esto solo deseamos, que habitemos tu casa los días interminables de nuestra vida inmortal!—Así SEA.

(1) Salm. 50, v. v. 20.